

LA CRISIS DE LAS UTOPIAS NACIONALES EN AMÉRICA LATINA

Jussi Pakkasvirta y Teivo Teivainen

I. INTRODUCCIÓN

Las discusiones sobre la globalización y las características postmodernistas de la cultura latinoamericana pueden parecer, en algunos casos, sólo reflexiones lejanas de los debates que se llevan a cabo en los centros del poder. El observador que busca una investigación libre del neocolonialismo intelectual o de las utopías de un futuro de igualdad verdadera, probablemente se sentirá frustrado al familiarizarse con las investigaciones latinoamericanas actuales. El continente que, durante cientos de años, ha producido visiones de futuros alternativos¹, se ha sometido con una rapidez desconcertante a las reglas de juego del "nuevo orden mundial". Las industrias culturales neoliberales y transnacionales parecen haber aplastado las utopías.

Según algunas estimaciones pesimistas —o, dependiendo del punto de vista, optimistas— en el mundo actual ya no hay espacio para alternativas del capitalismo histórico. Estas opiniones consideran que la marcha de la historia se ha detenido, y que el futuro traerá consigo sólo adaptación a las actuales relaciones de poder mundiales y a las aspiraciones de las élites transnacionales. Esta visión ha permeado las investigaciones de años recientes en América Latina. Sin embargo, también es posible percibir algunos signos de renovación y radicalización de críticas sociales. En este ensayo presentaremos algunos aspectos que consideramos esenciales en la búsqueda de vías alternativas a la globalización capitalista. Esta búsqueda de alternativas debe atravesar por el cuestionamiento y replanteamiento de ciertas "verdades" tradicionales de las ciencias sociales en América Latina.

El objetivo de un Estado nacional unido y autónomo y la culminación del proyecto nacional de modernización, son elementos claves a considerar en esta renovación del pensamiento crítico. Es importante analizar tanto el surgimiento histórico de estos elementos en América Latina como sus alcances en el contexto de la globalización y transnacionalización contemporáneas. Cuando hablamos de globalización y transnacionalización, nos referiremos a procesos que no deberían ser

confundidos con el proceso de internacionalización. Mientras la internacionalización generalmente implica y, a la vez, reproduce relaciones entre Estados independientes y supuestamente soberanos, la transnacionalización tiende a producir nuevas configuraciones espaciales no-estatales. Por ello, es una amenaza mucho más directa para la unidad nacional. Según nuestra definición, la globalización es una variante de la transnacionalización: una transnacionalización con alcances planetarios.

¿Cuál es la relación entre los espacios nacionales de los Estados, el espacio continental de América y los espacios transnacionales? ¿Es válido examinar estos espacios "imaginarios" de forma conjunta? ¿Es razonable aún tratar de alcanzar la unidad nacional, o es la unidad nacional una meta imposible en un mundo que se globaliza y transnacionaliza? De esta discusión entre los intelectuales en América Latina se puede, simplificando un poco, extraer dos puntos de vista diferentes.

Según la posición de la corriente que podríamos denominar de izquierda tradicional, el debate de los últimos años sobre las demandas de la globalización y el desmoronamiento del Estado nacional es parte de la demostración de fuerza de las élites del poder mundial. Mientras más se haga creer a los intelectuales de América Latina que los proyectos nacionalistas son absurdos, menos tratarán de llevarlos a cabo. Por lo tanto, libre de todo control democrático, el proceso de globalización neoliberal podría continuar. Para frenar este proceso globalizador, la izquierda tradicional suele proponer el fortalecimiento de la lucha por la uniformidad nacional o continental.

Desde otra visión —que en nuestra opinión es más fértil—, la globalización no es sólo una amenaza sino también una posibilidad. Una manera de fundamentar esta interpretación parte del supuesto pragmático de la irrevocabilidad del proceso de transnacionalización. Simultáneamente, hay que enfatizar que la transnacionalización y la globalización no necesariamente tienen que significar la aceptación del proyecto neoliberal. En los últimos años, varios investigadores de América Latina han comenzado a pensar en la posibilidad de crear procesos transnacionales democráticos y pluralistas². A la vez, se ha quebrantado la visión tradicional de los intelectuales latinoamericanos, según la cual la realización de las utopías de justicia es posible solamente en presencia de un Estado nacional independiente y autónomo. Quizás, en la búsqueda de nuevas utopías, deberían abandonarse las visiones románticas de concluir el inacabado proceso de formación de la nación.

Un argumento a favor de las posibilidades positivas de la globalización en América Latina es que el encuentro, la coexistencia, la

lucha y la mezcla de los procesos sociales siempre han formado el núcleo de las identidades del continente. De acuerdo a ello, la globalización y la transculturación³ no pueden conceptualizarse meramente como amenazas para América Latina. En efecto, las influencias de diferentes continentes se han fundido en América Latina en un espacio-tiempo particular⁴ y ésta última ha sido, de muchas maneras, el continente más globalizado en los últimos quinientos años. De hecho, los Estados latinoamericanos siempre han transitado la historia con un ritmo diferente en comparación con el resto del mundo, aunque se les haya tratado de dirigir durante cientos de años hacia las formas eurocéntricas.

II. LA NACIÓN HISTÓRICA

El fortalecimiento del Estado nacional y la formación de la nación han sido objetivos principales de los movimientos sociales latinoamericanos durante decenas de años. Sobre todo para los historiadores y sociólogos, el pertenecer a la intelectualidad ha significado, casi sin excepciones, la aceptación de los puntos de vista nacionalistas: la autonomía nacional ha sido asociada al desarrollo y la justicia social.

Aún en el siglo XIX, los intelectuales, tanto en América Latina como en Europa, pertenecían a la élite nacional por derecho propio y, también, eran miembros de la maquinaria administrativa del gobierno. La situación cambió con el siglo, cuando la parte radical de la intelectualidad comenzó a separarse como "intelectualidad orgánica" del sistema imperante —y a la vez perdió su condición privilegiada en la maquinaria gubernamental por haber participado en las luchas sociales—. También en esta nueva situación se adoptó el nacionalismo, pero se comenzó a definirlo de una manera especial: la utopía del Libertador Simón Bolívar de la unidad del continente cobró relevancia nuevamente. El nacionalismo latinoamericano se convirtió en una mezcla particular de identidades nacionales y continentales. En un continente frecuentemente gobernado por dictadores, el mayor deseo de los intelectuales ha sido el alcanzar la democracia dentro de un Estado nacional y, principalmente, por medio de un proyecto nacionalista.

¿Cuál ha sido, entonces, la historia del espacio nacional en un continente disperso? La ideología de un Estado nacional y el modelo del nacionalismo copiado de Europa han funcionado mal en América Latina⁵. Amplios sectores de ciudadanos —a veces, hasta Estados enteros— han participado en el proyecto nacionalista latinoamericano. Por otra parte, el espacio hispánico continental se formó ya en el período colonial. Una característica particular del nacionalismo latinoamericano temprano fue

que la nación como tal se construyó sobre la base de repúblicas criollas "independizadas prematuramente", en una época en la que Europa era un continente de monarquías. En la nueva distribución del poder, posterior a las guerras de independencia, los modelos eurocentristas y nacionalistas de América Latina resultaron un gran fracaso.

Se ha repetido que el problema de la formación de la nación latinoamericana está en que el surgimiento de los Estados independientes se basó en límites frecuentemente arbitrarios y marcados por el colonialismo. En las nuevas repúblicas no hubo una cultura nacional uniforme con sus idiomas, razas y costumbres. Estas unidades administrativas surgieron a principios del siglo XIX en sangrientas guerras civiles y fronterizas entre los Estados jóvenes. El comienzo del siglo pasado fue realmente un período de confusión nacional en la historia del continente. Las principales élites de diferentes países —generalmente conservadoras y liberales— llevaron a cabo una lucha para decidir bajo las condiciones de quién se establecerían las economías nacionales y las estructuras regionales de poder.

La edificación y mantenimiento de las culturas nacionales, en el siglo XIX, en América Latina, se puede dividir en tres categorías. En primer lugar, se trataba de la legitimación del poder político necesario. Los dirigentes de diferentes agrupaciones políticas, los dictadores militares y los caudillos regionales disfrutaron dependiendo de las situaciones políticas, del más alto poder en sus países. Para disfrazarse, estos "falsos emperadores", apoyados por las pequeñas élites, necesitaban algo más que elecciones aparentes. Para legitimarse en el poder y dejar su nombre en la historia política de sus países, los dictadores, caudillos y presidentes civiles —algunas veces elegidos constitucionalmente— comenzaron a hablar, en lugar de la patria, del pueblo y de la nación. Eran ideas abstractas que no tenían un claro referente en la historia del continente. Las élites dirigentes necesitaban de la nación para legitimarse en el poder que ya detentaban y para equiparar su Estado con los demás del continente y el mundo. Para estos grupos poderosos, era imprescindible que los habitantes de los territorios del Estado se identificaran con la nación y se comprometieran a vivir y luchar por ella. Por lo tanto, donde había un Estado, tenía que haber una nación, y donde había sido inventada una nación, debía existir una cultura nacional. La tarea de la creación de esa cultura homogénea en el siglo XIX recayó en la intelectualidad nacional, vinculada con las élites por diversos lazos.

En segundo lugar, la edificación de la nación era importante, porque al desmoronarse el imperio español, los Estados jóvenes, dispersos y

maltratados por las guerras civiles eran un objeto fácil para el expansionismo en ascenso de británicos, franceses y, también, estadounidenses. El hecho que los Estados independientes de América Latina no hayan sido reconquistados en el siglo XIX, se debió, en parte, a las luchas por el poder entre los países de Europa. En vez de intervención directa, las potencias europeas utilizaron medios indirectos para incrementar su influencia política y económica en América Latina. Por lo común, esta estrategia resultó más eficiente que la construcción y mantenimiento de una administración colonial directa. En estas condiciones, el nacionalismo y la consolidación de una cultura nacional homogénea eran considerados por los grupos dirigentes criollos instrumentos eficaces en la protección de las nuevas repúblicas ante las amenazas de los imperios europeos y Estados enemigos vecinos.

En tercer lugar, el desarrollo de la conciencia nacional requería de un nacionalismo oficial. Era necesario construir una maquinaria estatal (administración pública, instituciones nacionales) y edificar la economía nacional. En esto encontramos uno de los problemas centrales de las naciones latinoamericanas: la idea que manejaban las élites políticas e intelectuales sobre la cultura nacional estaba en fuerte contradicción con la fuerte polarización de las estructuras económicas y sociales. Estas últimas tendían a marginar, por medio de las cuales, amplios sectores de la población —por lo común, mayorías— dentro de los Estados nacionales, generalmente, sobre bases étnicas, pero también de género.

El proyecto nacionalista afectó especialmente la historiografía latinoamericana. A los Estados territoriales, basados espiritualmente en el romanticismo del siglo XVIII, se les buscó un pasado nacional. Se comenzaron a producir historias nacionales, en las cuales a cada Estado se le inventó un pasado de larga trayectoria. Los Estados latinoamericanos enviaron a historiadores a los archivos de España y de otros países europeos. De allí surgieron las historias nacionales oficiales, que comenzaron a inculcarse en la población a través de los sistemas de enseñanza creados según modelos norteamericanos y europeos. La historiografía latinoamericana del siglo XIX —a diferencia de la europea— quería comenzar la "historia nacional" con la conquista del continente por los europeos. Sólo la historiografía posterior a la revolución mexicana llegó a aceptar las culturas precolombinas como parte de las historias nacionales en América Latina. Esto, sin embargo, ocurrió sólo en los países donde habían existido en el pasado verdaderos imperios, las "altas culturas" americanas, también aceptadas por los historiadores europeos. Todavía a principios del siglo XX, los historiadores calificaban

el pasado anterior a la conquista como una época de barbarie que era preciso excluir de la memoria colectiva. Consecuentemente, tal negación produjo serios problemas a la identidad nacional edificada en las repúblicas multiétnicas.

III. EL DOBLE OLVIDO DE LAS AMENAZAS A LA UNIFORMIDAD

Queda claro que, aún a mediados del siglo XIX, las unidades administrativas independientes latinoamericanas no habían formado Estados nacionales o naciones. De lo que se trataba era, a lo sumo, de un grupo de unidades territoriales pobres, interrelacionadas por una economía agraria casi autosuficiente, "semifeudal". Los conflictos entre las élites locales, que dirigían las repúblicas, se reflejaban en la ausencia de una hegemonía nacional y un Estado fuerte. La idea de la cultura nacional se convirtió en un arma ideológica de los liberales, que exigían modernización y progreso. Según ciertas investigaciones históricas, fueron justamente los liberales los que comenzaron a crear la nación en los Estados de América Latina, por medio del nacionalismo moderno⁶.

En la segunda mitad del siglo XIX, el ideal positivista de orden y progreso se convirtió en el artículo de fe de las nuevas clases dominantes del continente. Así, el positivismo de Auguste Comte y el darwinismo social de Herbert Spencer, que pregonaba el derecho del más fuerte y la existencia de razas superiores e inferiores, se constituyeron en patrimonio común de los intelectuales liberales y positivistas de finales del siglo XIX y principios del XX. No obstante, el abismo que existía en la mayoría de los países del continente entre las élites comerciales urbanas y terratenientes, defensores del libre comercio, y sectores tales como los campesinos, los pobladores costeros de origen africano, o los indios montañeses impidió la formación de una nación basada en la igualdad y de una cultura nacional. También, la división de clases sociales era explícita en la estructura cultural. La población indígena y los descendientes (hombres) de los negros esclavos, integrados anteriormente en la economía colonial como fuerza de trabajo barata, recibieron, en un principio, todos los derechos civiles. Sin embargo, la división desnivelada de la posesión de tierras y ciertas regulaciones especiales se encargaron de que las estructuras étnicas de las sociedades no cambiaran de acuerdo con los principios de los derechos civiles de un Estado liberal moderno.

¿Por qué, entonces, los positivistas liberales fallaron en su tarea cultural nacionalista, casi de la misma manera que sus antecesores? El proyecto liberal no fue tan exitoso como los utopistas positivistas lo habían imaginado. Los modelos de Estado y de nación que heredaron de los

x-problema
negativa
full

criollos y caudillos fueron copias de sus formas europeas y el hecho es que la élite liberal no modificó en mucho las Constituciones de las repúblicas. Las mismas continuaron inspirándose en el orden jurídico francés de Napoleón I⁷ y manteniendo similitudes con aquella imperante en los Estados Unidos. Estos modelos estaban ajustados a la idea de una nación étnica y culturalmente homogénea. Las élites liberales en América Latina no fueron capaces de transformar la tradición europea a las necesidades de la población "nacional". A pesar del *mestizaje*, que pronto se transformó en el soporte del nuevo concepto "popular" de nacionalidad, no es correcto afirmar que no hubo racismo.

No obstante, es interesante resaltar el hecho histórico de que en América Latina, durante las primeras décadas del siglo XIX, hayan nacido dieciséis Estados independientes⁸ que basaron sus constituciones en el republicanismo. Este auge republicano en las Américas coincidió con la época durante la cual el centro del poder mundial, Europa, era el continente de las monarquías. Por ello, Benedict Anderson afirma en la segunda edición de su famoso libro *Imagined Communities* que la "época de nacionalismos" empezó en las Américas en la forma criolla y republicana⁹. A pesar de estas posibilidades, las élites liberales latinoamericanas ni pudieron ni quisieron modificar estos principios de justicia y tradiciones ideológicas de Estados anglosajones o europeos.

En segundo lugar, los sistemas educativos —esenciales para los Estados liberales— se construyeron igualmente sobre un fundamento ajeno a la realidad del continente. Los liberales latinoamericanos modernizaron el sistema educativo elitista español heredado de la colonia y lo acercaron a los sistemas francés y alemán¹⁰, porque éstos eran considerados representantes mayores de la civilización occidental. No obstante, la religión católica y las lenguas iberorománicas se mantuvieron también durante la época liberal como fundamento cultural, a pesar de los frecuentes ataques liberales contra el poder terrenal de la Iglesia, defendido por los conservadores. El hecho de que gran parte de "los ciudadanos del Estado nacional" vivía fuera del sistema de educación y hablaba cientos de lenguas autóctonas del continente, no cambiaba la identidad de origen europeo, adoptada por la élite liberal. En efecto, las poblaciones indígenas, negras y asiáticas eran consideradas obstáculos para la integración nacional y una amenaza directa a esa situación hegemónica, en nombre de la cual los liberales querían entrar en el grupo de naciones civilizadas del mundo.

Además, hay que recordar, que las ideas positivistas de los liberales contribuyeron también al cambio de la estructura económica. En el siglo

XIX, en los Estados de América Latina se implantó finalmente la estructura de monoproducción basada en la exportación de productos agrícolas y mineros, lo cual, aún en la actualidad, constituye un obstáculo básico a la participación de los países del continente en la economía mundial. En la mayoría de los Estados latinoamericanos, la reforma y la modernización de la agricultura, ocurridas de acuerdo con los principios positivistas, significó la sustitución de los tradicionales tipos de siembras por pastos de ganados, plantaciones de café o de banano. Este proceso fue violento, ya que se utilizaba regularmente al ejército para obtener nuevas zonas territoriales para las plantaciones o fincas ganaderas. Frecuentemente, los "nuevos" dueños de tierras no eran nuevos cultivadores llegados como emigrantes europeos sino grandes propietarios de las zonas circundantes. Al comienzo, estos cambios en la estructura económica afectaron principalmente las poblaciones indígenas. Más tarde, también los pequeños agricultores independientes -en su mayoría mestizos- se convirtieron en trabajadores agrícolas sin tierras. El modelo que había funcionado eficazmente en la colonización de los Estados Unidos, no pudo aplicarse exitosamente en los Estados de América Latina.

Paralelamente con el proyecto de construcción de los Estados nacionales, en el continente subsistía la utopía bolivariana de un Estado federal continental. No obstante, este ideal de "hermandad hispánica" no pudo competir exitosamente con la idea de la modernización eurocéntrica del Estado nacional, a pesar de los numerosos intentos de integración territorial que se sucedieran desde el momento de la independencia hasta nuestros días. Cuando se quiere enfatizar en una historia común hispánica, se olvida frecuentemente que los Estados de América Latina han llevado a cabo una sorprendente cantidad de guerras sangrientas entre ellos, y no solamente guerras civiles. Un ejemplo reciente del odio continental fratricida es el enfrentamiento entre las tropas peruanas y ecuatorianas a principios del año 1995 en la selva del Amazonas. Dos repúblicas soberanas sostuvieron una tradicional guerra fronteriza nacional y muy "latinoamericana". En otras palabras, las naciones y los Estados nacionales del continente siguen siendo esenciales, a pesar del continentalismo histórico y el actual impulso de la transnacionalización. Sin embargo, el significado de estos conceptos es mucho más cuestionable de lo que se acostumbra dar a entender en los discursos oficiales.

Generalmente, la creación y renovación de la unidad nacional ocurre con la ayuda de una especie de estrategia de doble olvido. Por un lado, se trata de crear historias más o menos ficticias comunes a la nación, y en esas historias los elementos que contradicen a la unidad "se olvidan". Por

otra parte, los dirigentes de los Estados nacionales acostumbran destacar su autonomía frente a las influencias extranjeras. En esta época de globalización neoliberal, resulta un tarea difícil para la élite gubernamental de América Latina el asegurarle a los ciudadanos que las decisiones de ejecución de los programas de ajuste, diseñados por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, se realizarán sin que se pierda ni una pizca del derecho de autodeterminación nacional. La influencia de los mercados transnacionales de capital en las decisiones nacionales es aún más clara, pero el "olvido" de ciertas influencias continúa siendo común para los discursos oficiales de las historias de las naciones soberanas.

IV. ¿POSTMODERNO SIN UN PASADO MODERNO?

En los medios de información masiva y en los círculos de intelectuales se habla constantemente de la globalización y la transnacionalización como si ello fuese algo nuevo. Según una opinión muy difundida, se trata de un proceso que tiene que ver, particularmente, con las regiones septentrionales más desarrolladas y modernas, o postmodernas, del mundo. Esta visión supone que la propagación reciente de las influencias culturales y económicas por medio de instituciones como FMI, IBM y MTV está modernizando paulatinamente a regiones como América Latina.

Aunque la actual transnacionalización comprende algunos fenómenos relativamente nuevos, este proceso se ha iniciado hace ya mucho tiempo y, en muchos aspectos, ha tenido más impacto en América Latina que en los países que se consideran la vanguardia del desarrollo y la modernización. Las corrientes culturales y materiales, que atravesaron las fronteras de las unidades administrativas coloniales y estatales, se han mezclado en América Latina durante los últimos quinientos años de tal forma, que algunos intelectuales del continente han comenzado a analizar las discusiones occidentales del postmodernismo con conceptos prestados¹¹. No se trata de conceptos copiados directamente de aquellos gestados en los centros de poder sino de adaptaciones surgidas sincréticamente de la particularidad de América Latina. La adopción crítica de las corrientes científicas principales actuales se puede comparar con la mezcla sincrética de las religiones católica, maya y azteca (Véase Pirttijärvi 1992). La nueva interpretación de los elementos tradicionales culturales en un proceso sincrético origina conjuntos conceptuales, en los cuales los elementos aparentemente copiados de las culturas hegemónicas adquieren un nuevo sentido.

El crítico de arte cubano, Gerardo Mosquera, ha analizado el impacto en el proyecto moderno de América Latina de la colonización temprana llevada a cabo por las poblaciones europeas permanentes, de la herencia cultural de los esclavos africanos y de las corrientes migratorias posteriores. A Mosquera le ha llamado la atención la forma en que la retórica de la mezcla de razas —el mestizaje— ha sido usada para olvidar la fragmentación y heterogeneidad del continente. Como hemos analizado anteriormente, en la primera etapa de la independencia la élite del continente tenía la intención de olvidar a los "otros", que diferían de la cultura oficial, en la historia común de la nación. Actualmente, la retórica de uniformidad intenta crear —especialmente en países culturalmente más heterogéneos— una imagen de un crisol cultural unido a diferentes herencias culturales en totalidades nacionales armónicas y modernas. El impacto del mestizaje es innegable, pero, según Mosquera, la aceptación de la fragmentación cultural debería ser parte importante de la estrategia de sobrevivencia de América Latina (Mosquera 1994). Este reconocimiento ha llevado a algunos movimientos indígenas del continente a utilizar el término indio como medio en la lucha por sus derechos, a pesar de que el término fue creado por la cultura europea e, inicialmente, utilizado como instrumento de exclusión y sometimiento¹².

Mosquera reinterpreta también el propio concepto de mestizaje, cuando habla de la mestización del tiempo. Su interpretación hace posible el entendimiento del espacio-tiempo histórico de América como una fusión de procesos históricos de "diferentes épocas". Mosquera advierte, no obstante, a su estilo postmodernista, de las trampas de la retórica del mestizaje. Una de esas trampas es el énfasis en las totalidades fusionadas en una uniformidad, que se utiliza frecuentemente para promover la integración nacional y continental. Según Mosquera, sin embargo, la integración debe basarse en el diálogo y la aceptación de las diferencias.

Mosquera se refiere particularmente a las diferencias internas de los Estados nacionales, basado en lo cual los movimientos indígenas exigen la elevación de la diversidad de culturas como parte de las constituciones jurídicas de los Estados de la región. El diálogo y la aceptación de la diversidad son retos importantes también en el contexto de la transnacionalización y los procesos sociales entre los Estados nacionales. Los movimientos políticos, que están en contra de las características no-democráticas del proceso neoliberal transnacional, han comenzado a entender que también ellos deben organizarse transnacionalmente. Así, por ejemplo, la izquierda latinoamericana ha intentado, más que antes,

conseguir aliados en los Estados Unidos, su enemigo jurado desde hace mucho tiempo.

La estrategia revolucionaria del movimiento guerrillero en El Salvador se vio en un callejón sin salida a principio de la década del 90, pero los vínculos surgidos durante el conflicto entre la resistencia interna del país, los emigrantes y los movimientos de solidaridad que funcionan en los Estados Unidos han originado culturas políticas transnacionales. En el Perú, el movimiento sindical (Confederación General de Trabajadores del Perú, CGTP) dirigido por los comunistas promovió en 1994 una fuerte campaña en contra de las reformas del código laboral, que el gobierno de Fujimori realizaba según las instrucciones de las organizaciones financieras internacionales. Las principales formas de acción de la campaña fueron la colaboración con los movimientos sindicales de Estados Unidos y la búsqueda de la influencia del gobierno de Clinton por medio de denuncias de incumplimiento por la administración de Fujimori de las normas de la Organización Internacional del Trabajo. La CGTP, además de estimular la tradicional acción de masas, utilizó el espacio transnacionalizado del fax, el correo electrónico y otros medios globalizados. Así, el movimiento que por décadas había sido esencialmente antiimperialista, tuvo que buscar diálogo y colaboración con el movimiento sindical norteamericano —que durante la guerra fría había sido considerado un instrumento más del imperialismo— y hasta con la élite del poder de Washington.

El politólogo mexicano Jorge Castañeda ha sugerido que la izquierda latinoamericana debería optar por un nacionalismo vertical en vez del nacionalismo horizontal. Este último significa el intento de unificación tradicional de las naciones yuxtapuestas y diferentes. Por su parte, el nacionalismo vertical es un asunto más complicado. Por lo tanto, podríamos preguntar, ¿habrá Castañeda creado un concepto internamente contradictorio? En el "nacionalismo" vertical —o quizás mejor un nacionalismo desterritorializado o transnacional¹³— las formas de acción no se acomodan dentro de las fronteras territoriales (Castañeda 1993). Parte de la izquierda latinoamericana pareciera estar abandonando el rechazo a ciertos grupos definidos territorialmente, como los *yanquis*.

En el mundo actual, los movimientos políticos latinoamericanos están buscando cada vez más a aliados con opiniones similares que con la misma nacionalidad. A pesar de sus discursos nacionalistas, la élite ha tenido una clara visión de esta estrategia desde hace ya mucho tiempo. Sin embargo, para los grupos radicales que luchan por cambios democráticos, se trata de un nuevo reto. Según Néstor García Canclini, un obstáculo de la izquierda

latinoamericana es el concepto "gutembergiano" de la media, basado en la palabra impresa, lo que impide utilizar eficazmente los nuevos medios de información (García Canclini 1993). Los productos de imprenta han desempeñado un papel esencial en la creación de la nación, mientras que las nuevas formas informativas son, por lo general, de carácter más transnacional (Hobsbawm 1983).

V. A MANERA DE CONCLUSIÓN

América Latina ha sido siempre un espacio social multidimensional, pero las intenciones modernistas de crear naciones uniformes y autónomas en el continente han sobrevalorado lo unidimensional. Según nuestro análisis, es muy importante examinar el espacio nacional imaginado en el contexto de otras unidades transnacionales, continentales y hasta globales que lo atraviesan e impiden su unificación completa. La heterogeneidad y la multidimensionalidad de los espacios sociales y la identidad características del continente latinoamericano adquieren cada vez más valor en las opiniones de los intelectuales y los movimientos políticos.

Según nuestra opinión, la historia particular de la formación de un Estado nacional latinoamericano junto al actual proceso de globalización implican que nunca se ha podido constituir en el continente la forma "madura" de un Estado nacional unificado y soberano. Aunque esta conclusión tentativa pueda sonar lamentable y desilusionada, ella no implica que habría que rechazar los ideales utópicos de democracia radical y justicia social.

Sin negar los peligros que la dimensión neoliberal de la globalización presenta para los espacios democráticos, pensamos que a la vez se debería expandir las luchas democráticas a espacios que trascienden fronteras nacionales. Las ideas de democracia transnacional o cosmopolita son, por cierto, muchas veces vistas como algo ilusorio en el contexto latinoamericano. Sin embargo, nuestro pronóstico —y nuestro deseo— es que en un futuro no muy lejano tales ideas tendrán creciente importancia entre los intelectuales y movimientos democráticos de las Américas. Las utopías democráticas pueden sobrevivir, superar — y hasta aprovechar de — la caída de las utopías nacionales.

Notas

- 1 Ya en "Utopía"[1515], de Thomas More, se nota la influencia de la conquista de América. Después de esto, el continente nos ha ofrecido infinitas utopías, desde las armónicas comunidades indígenas a las isletas socialistas.
- 2 Véase, por ejemplo, Latin American Subaltern Studies Group (1993).
- 3 La transculturación es un concepto desarrollado por Fernando Ortiz en el año 1940 y propagado, entre otros, por Bronislaw Malinowski, que destaca la capacidad de las culturas sometidas de dar su aportación activa al proceso de mezcla de las culturas. Véase Mosquera (1994). Sobre los dilemas de la globalización, véase por ejemplo Teivainen (1994).
- 4 La particularidad del espacio-tiempo histórico de América Latina ha sido destacada por muchos pensadores y políticos del continente, por ejemplo, José Vasconcelos (1925) y Víctor Raúl Haya de la Torre (1948).
- 5 Véase, por ejemplo, Stavenhagen (1988); Pakkasvirta (1997).
- 6 En la historia de América Latina, por liberales se entiende frecuentemente un grupo político heterogéneo, que estaba en contra de la tradición hispánica conservadora y por el espíritu de desarrollo y el positivismo.
- 7 Por ejemplo, Kaplan (1989: 69-77); González Casanova (1990: 25-160).
- 8 Esas *repúblicas* eran Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Costa Rica, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras, México, Nicaragua, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela. El caso de los cinco países centroamericanos es problemático; formaron una federación hasta 1838 y no hubo constituciones republicanas aún en los años 1830. Brasil era un Imperio y la República Dominicana ganó su independencia sólo en 1844.
- 9 "European scholars, accustomed to the conceit that everything important in the modern world originated in Europe, too easily took 'second generation' ethnolinguistic nationalisms (Hungarian, Czech, Greek, Polish, etc.) as their starting point in their modelling [...] the crucial chapter on the originating Americas was largely ignored." Anderson (1992: xiii).
- 10 Por ejemplo, Zea (1986:239-269); González Casanova (1989). Ante todo, París era la "Meca espiritual" de los intelectuales latinoamericanos que salían al exterior. Aún así, el sistema de enseñanza y educación alemán también se propagó por el continente, por ejemplo, a través de Chile, véase Monge Alfaro (1978:18, 30-48).
- 11 En la América hispánica el término *postmodernismo* era usado, al principio, para referirse al movimiento poético de corta duración de principio de siglo, que surgió como reacción a la estética modernista. En los últimos años el término ha comenzado a ser utilizado con su significación anglo-modernista actual. Véase Beverley & Oviedo (1993).
- 12 Uno de los movimientos indígenas más activos de este siglo funciona en Ecuador. La visión de los activistas locales refleja lo multidimensional del término *indio*: "Aunque los conquistadores llegaron con ese término a forzarnos a diferentes formas, hasta destruir

nuestro pueblo, utilizando el mismo término nos levantaremos y liberaremos a nuestro pueblo" (Gabriel 1995).

- 13 En la primera versión de su libro, que apareció en inglés, Castañeda usó los términos *horizontal* vs. *vertical nationalism*. En la versión española el sustituyente del último término fue *nacionalismo longitudinal*. Con el término nacionalismo desterritorializado queremos destacar, que se trata de un fenómeno que viola las fronteras geográficas de un territorio unido y que su calificación de nacionalismo es, en verdad, un poco problemática.

Referencias bibliográficas

- Beverley, John & Oviedo, José; ed. (1993), *The Postmodernism Debate in Latin America*. Duke University Press.
- Castañeda, Jorge G. (1993), *La utopía desarmada. Intrigas, dilemas y promesas de la izquierda en América Latina*. México: Planeta.
- Gabriel, Leo (1995), 'Hacia un estado plurinacional', *Tierra Nuestra* (Managua, APIA), No. 8, (febrero/marzo).
- García Canclini, Nestor (1993), 'The Hybrid: A Conversation with Margarita Zires, Raymundo Mier, and Mabel Piccini'. En Beverley, John & José Oviedo (ed.) *The Postmodernism Debate in Latin America*. Duke University Press.
- González Casanova, Pablo, coord. (1989), *Cultura y creación intelectual en América Latina*. México D.F. Siglo XXI.
- _____. coord. (1990), *El Estado en América Latina*. México D.F. Siglo XXI.
- Haya de la Torre, Víctor Raúl (1948), *Espacio-tiempo histórico*. Lima: Ediciones la Tribuna.
- Hobsbawm, Eric J. (1983), 'Mass-Producing Traditions: Europe, 1870-1914'. En Hobsbawm, Eric & Terence Ranger (eds.), *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Kaplan, Marcos (1989), *Aspectos del estado en América Latina*. México D.F. UNAM.
- Latin American Subaltern Studies Group (1993), 'Founding Statement'. En Beverley, John & José Oviedo (ed.), *The Postmodernism Debate in Latin America*. Duke University Press.
- Monge Alfaro, Carlos (1978), *La educación: fragua de una democracia*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Mosquera, Gerardo (1994), *On Art, Politics and Millennium in Latin America*. Ponencia en el Congreso de la Asociación Internacional de Críticos de Arte, Septiembre 1994, Estocolmo.
- Pakkasvirta, Jussi (1997), '¿Un continente, una nación? Intelectuales latinoamericanos, comunidad política y las revistas culturales en Costa Rica y en el Perú (1919-1930)'. *Annales Academiae Scientiarum Fennicae*. Helsinki: Gummerus.

- Pirttijärvi, Jouni (1992), *Uskonnollinen synkretismi atsteekkien ja mayojen pyhimyskultissa*. Opuscula Instituti Ibero-americi Universitatis Helsingiensis IV. Helsinki: Yliopistopaino.
- Stavenhagen, Rodolfo (1988), *Derecho indígena y derechos humanos en América Latina*. México D.F.: El Colegio de México.
- Teivainen, Teivo (1994), 'El Fondo Monetario Internacional: un cura moderno'. *Pretextos* VI, pp. 79-107 (Lima).
- Vasconcelos, José (1925), *La raza cósmica*. Ciudad de México.
- Zea, Leopoldo, coord. (1986), *América Latina en sus ideas*. México D.F. Siglo XXI.